

Acerca de la historia cultural y la historia del libro: entrevista a Robert Darnton

MARTÍN MONSALVE ZANATTI

PEDRO GUIBOVICH PÉREZ

Pontificia Universidad Católica del Perú

En la historiografía contemporánea, Robert Darnton, profesor del Departamento de Historia de la Universidad de Princeton, es sin duda considerado como uno de los más destacados innovadores de la disciplina, porque sus estudios históricos combinan metodologías procedentes de la Antropología y la Crítica literaria. Ello, sumado a sus excepcionales dotes como narrador, han hecho de su obra una de las más leídas por los historiadores, científicos sociales y humanistas.

En septiembre de 2004, Robert Darnton visitó el campus de nuestra Universidad gracias a una invitación de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas. En dicha oportunidad, ofreció la conferencia titulada «Mademoiselle Bonafon y la vida privada de Luis XV: circuitos de comunicación en la Francia del siglo XVIII». En ella, expuso uno de sus temas de mayor interés: las formas de transmisión de las noticias e ideas en la sociedad francesa del Antiguo Régimen. Aun cuando durante su visita hubo oportunidad de intercambiar ideas con él, no fueron pocos los temas sobre historia cultural, francesa y de los libros que a más de uno le hubiera gustado dialogar. En la entrevista que sigue, conversamos con Robert Darnton acerca de su vocación

de historiador, formación académica, orientación historiográfica, la historia del libro y sus temas de investigación.

Martín Monsalve. Pedro Guibovich. ¿Cómo se desarrolló su llamado por el oficio del historiador?

Robert Darnton. Definitivamente, me siento comprometido con lo que Marc Bloch denominó el *métier de l'historien* o el oficio del historiador, pueda o no ser llamada una vocación. Esta filiación me cogió de improviso mientras me preparaba para lo que entonces creía que era mi verdadera vocación: el periodismo. Mi padre fue reportero de *The New York Times* y murió como corresponsal en el Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial. Aunque mi madre nunca me presionó al respecto, yo me crié creyendo que sería el sucesor de mi padre. Me esforcé por aprender el oficio de periodista trabajando en *The Newark Star Ledger* y *The New York Times*, principalmente en la sección de policiales. Pero mientras más perseguía a los policías y ladrones, más me percataba de que amaba la historia. Así que, en 1964, renuncié a *The New York Times* y desde entonces vivo feliz como historiador.

MM. PG. ¿Cuáles son sus temas de investigación? ¿Cómo se decidió a investigar la historia cultural francesa? ¿Se considera parte de una corriente historiográfica?

RD. Me dedico al pensamiento ilustrado, la historia cultural y a todo tema relacionado al campo ahora conocido como la historia del libro —esto es, todo aquello que va desde la tecnología de la imprenta a la autoría, edición, comercio y lectura de libros—. La mayor parte de esta investigación se dedica a la Francia del siglo XVIII, pero también he estudiado la India Británica decimonónica y la Alemania Oriental del siglo XX. Tengo muchos contactos con la École des Hautes Études en Sciences Sociales, de manera que podría ser considerado como parte de la *Escuela de Annales*. Pero dado que la historiografía

de *Annales* ya no tiene una identidad clara, tal como la tenía cuando me suscribí a ella en la década de 1970, esta etiqueta no significa mucho. De hecho, muchos historiadores de *Annales* estudian la historia desde una perspectiva etnográfica, lo cual coincide con mi principal filiación norteamericana —la antropología simbólica desarrollada por Clifford Geertz, Ruth Benedict, Víctor Turner, Mary Douglas y otros de la misma línea—. Con el paso de los años, desarrollé una amistad con Pierre Bourdieu y por ello adopté algunas de sus ideas, especialmente en torno a la investigación de la sociología histórica de los autores. Por último, probablemente recogí bastante del empirismo británico —esto es, el respeto por los detalles concretos y la noción de la Historia como un argumento derivado de la evidencia— durante mis días de estudiante en Oxford. Quienes fueron mis tutores ahí, sobre todo Harry Pitt (un gran maestro que publicó muy poco y era desconocido fuera de Oxford), enfatizaban el respeto por la investigación empírica. Lawrence Stone, el colega que más influyó en mí en Princeton, reforzó esta tendencia. Pero no considero que el empirismo sea positivismo ni que *los hechos* sean partículas evidentes de la realidad que solo tengan que ser excavadas de los archivos y ensambladas para que correspondan a la verdad.

MM. PG. Usted mencionó a la antropología simbólica norteamericana como una de sus influencias intelectuales. ¿Cuáles cree que son los alcances y las limitaciones de la obra de Clifford Geertz? ¿Cuál es su posición con respecto a las relaciones entre la Antropología y la Historia? ¿Cree que existan realmente grandes diferencias metodológicas entre ambas disciplinas?

RD. A pesar de que le debo mucho a la Antropología, rara vez he intentado aplicar un método o concepto derivado de algún antropólogo en particular. Para mí, la Antropología ofrece una orientación general, una que concierne a la forma en que los símbolos operan dentro de sistemas de comunicación y la manera en que la gente común comprende el mundo. Frecuentemente, he sido descrito como

seguidor de Clifford Geertz. *Cliff* ciertamente es un cercano amigo mío, y hemos enseñado juntos en Princeton por cerca de treinta años. Pero nunca he intentado aplicar sus ideas de una manera directa o mecánica, incluso en mi relato «La gran matanza de gatos», que le debe mucho a otros antropólogos, como Mary Douglas y Víctor Turner. Se dice con frecuencia que los historiadores trabajan en una dimensión definida por el tiempo, y los antropólogos, en una determinada por el espacio; pero yo considero engañosa tal distinción, especialmente en la actualidad, cuando muchos antropólogos realizan investigación de archivo y algunos historiadores entrevistan a informantes nativos. Estudiantes que nunca han colaborado con antropólogos podrían creer que el estudio de cosmovisiones y sistemas de valores es simplemente cuestión de entrevistar a los *nativos*, una ventaja con la cual no cuentan los historiadores, quienes han de depender de fuentes escritas. Pero un informante en el *campo* ofrece solo una interpretación, la cual después el antropólogo debe analizar, dando vueltas en un círculo hermenéutico que marea tanto como los intentos de los historiadores de trabajar con una multiplicidad de fuentes. No hay escapatoria de hacer saltos interpretativos, sea cual fuere la fuente, pero esto no significa que *todo vale* o que uno puede hacer saltos en la oscuridad. Las interpretaciones pueden ser tan rigurosas en la Historia como lo son en la Química.

MM. PG. A pesar de que usted no menciona a la *historia desde abajo* como una de las corrientes historiográficas con las que se identifica, su obra está muy ligada al estudio de los sectores populares urbanos europeos. ¿En qué medida sus estudios sobre la cultura popular parisina del siglo XVIII establecen un diálogo crítico con los trabajos de E. P. Thompson sobre la cultura popular inglesa durante el mismo periodo?

RD. Cuando era un estudiante en Oxford, desarrollé un gran respeto por los historiadores sociales que intentaban ver la historia *desde abajo*—esto es, desde la perspectiva de aquellos que se encuentran en el

sector subalterno de la sociedad—. Edward Thompson probablemente fue el más importante defensor de esta visión, aunque nunca lo conocí en persona; su obra la conozco por lectura y por medio de historiadores con una aproximación semejante, tales como Richard Cobb, mi asesor de tesis en Oxford. En *La formación histórica de la clase obrera* (*The Making of the English Working Class*), Thompson, en realidad, obtuvo una gran parte de su material de intelectuales poco conocidos, quienes eran similares en cierto modo a los escritores de pacotilla que estudié para el caso francés. Veo el mundo de Grub Street como un escenario particular, que tuvo un efecto importante en la opinión pública. Pero reconozco que la opinión pública es un fenómeno engañoso, y no pretendo ir más allá de ella para establecer nada remotamente parecido a la conciencia de clase. De hecho, soy escéptico ante la afirmación de Thompson de haber demostrado cómo se creó la cultura de la clase obrera. Lo que encuentro más sugerente son sus ensayos sobre el ocio, la disciplina de trabajo, la conciencia del tiempo, los ritos de violencia y fenómenos similares.

MM. PG. Al principio de esta entrevista, usted afirmaba que el estudio del libro y de las prácticas de lectura ocupan un papel predominante en su obra. ¿Por qué considera que el análisis de la historia del libro, los lectores y la circulación de textos es fundamental para entender la política y la vida social del siglo XVIII francés?

RD. Creo que la historia del libro es importante para estudiar casi todos los periodos históricos, pero es especialmente significativa para entender el siglo XVIII francés. Hacia 1750, los libros comenzaron a estar al alcance de los lectores en grandes cantidades. Evidentemente, los libros habían circulado en forma manuscrita por siglos, y la imprenta ya se había transformado en una industria significativa bajo el reinado de Luis XIV. Sin embargo, fue durante la segunda mitad del siglo XVIII que la palabra impresa se hizo una fuerza poderosa gracias a la combinación de tres factores: el incremento de la alfabetización, el desarrollo del comercio de libros y el creciente prestigio

de los escritores. Para 1789, la población de escritores (o al menos de aquellos que se identificaban a sí mismos como *auteurs*) alcanzó los tres mil, el doble que la de 1750. Es imposible estimar el tamaño del público lector, pero había crecido lo suficiente como para ser reconocido como una especie de *tribunal* que juzgaba los asuntos públicos. Impresores, libreros, escritores y lectores modificaron profundamente el paisaje del Antiguo Régimen, creando una imagen anticipada de la moderna *sociedad de la información*. Estos personajes no produjeron la Revolución Francesa, pero esta no hubiera ocurrido sin ellos.

MM. PG. ¿En qué medida su investigación sobre libros, lectores y literatura popular cambió su visión del rol de la *Ilustración* en la vida cultural y política de Francia?

RD. Espero que mi investigación al menos haya hecho posible dar respuesta a una pregunta fundamental: ¿qué leían los franceses en el siglo XVIII? Mediante el estudio sistemático de los pedidos a los libreros, he tratado de demostrar que los libros realmente llegaban a los lectores. Algunos de los resultados confirman estudios anteriores, por ejemplo, existía una gran demanda por los libros de Voltaire y Rousseau. Pero me sorprendió descubrir que obras ateas, especialmente aquellas asociadas al barón de Holbach, tuvieron una gran circulación. Además, he hallado que los popularizadores de la *Ilustración*, tales como el abad Raynal y Louis-Sebastien Mercier, tuvieron un rol importante en la difusión de las ideas de los *filósofos*. En algunos aspectos, la *Ilustración* fue, en sí misma, un asunto de difusión, es decir, de persuasión del público lector en general. Los *filósofos* no fueron pensadores particularmente originales. Fueron militantes que se dispusieron a cambiar lo que Diderot llamaba *la forma general de pensar* tanto como a cambiar las instituciones. En general, la historia de la *Encyclopedie*, de los tratados de Voltaire, o de los *livres philosophiques* muestra a la *Ilustración* en acción, como un movimiento que intentaba transformar el mundo.

MM. PG. Los libros no han sido el único objeto de sus estudios sobre las prácticas de comunicación y la historia cultural francesa. En varios artículos, usted ha subrayado que las canciones, graffiti y chismes deberían ser estudiados juntamente con los libros para poder entender las prácticas comunicativas del siglo XVIII francés. ¿Como interactuaban estas tres formas de comunicación?

RD. Los chismes, canciones, libros, folletos, graffiti y otras formas de comunicación interactuaron y se influenciaron mutuamente durante el siglo XVIII. Los rumores alimentaron las gacetas manuscritas, las cuales eventualmente fueron impresas y circularon como libros. Las canciones fueron también fijadas por escrito y circularon de la misma manera. Los libros eran leídos en voz alta, alimentando aún más los circuitos orales de comunicación. Los mensajes fueron amplificados y transformados de muchas maneras —y lo siguen siendo en la actualidad: después de todo, la mayoría de personas se entera de las noticias al oír las mientras son leídas en televisión—.

MM. PG. Finalmente, ¿podría decirnos algo sobre su tema de investigación actual y/o sus futuros campos de interés?

RD. Estoy completando un extenso estudio sobre la difamación en la Francia del siglo XVIII. El libro trata de un tipo particular de literatura, lo que los franceses llaman *libelles*, e intenta presentar cómo estos textos afectaron las sensibilidades del siglo XVIII, cómo transmitieron mensajes ideológicos y cómo influyeron en la opinión pública desde el siglo XVII hasta alrededor de 1800. En lugar de detenerse en 1789, el libro sigue las diferentes formas de difamación, particularmente un género conocido como *private life* de una persona pública, a lo largo de la Revolución. Es por tanto un estudio de continuidad y cambio tanto en la historia política como en la cultural.